



Cuento

*La voz del inocente**

Priscila Rosa Borge Pérez¹

Pborgep10@curnvirtual.edu.co

A trecientos cincuenta kilómetros de distancia de Cartagena, enclavado en las faldas de la serranía de San Lucas se encuentra un pueblo, Colorado, corregimiento de Tiquisio, las guerrillas de las FARC y del ELN gobernaron la región de veinte mil kilómetros cuadrado y, por más de 20 años, el sur de Bolívar.

Alberto y su mujer eran una pareja muy joven, se comprometieron de puertas hacia fuera. Después que los padres de Gladys descubrieron que a media noche del día anterior la cama de orqueta, tendida con una estera, estaba sola, su padre ahogó un grito con el nombre de su hija: “Gladys...” Todo el pueblo escuchó a lo lejos. Temerosos de que las guerrillas se la pudieran haber llevado, comenzaron la búsqueda implacable de su hija, descubriendo que se había volado con su primer y único amor.

Por una década el hogar se llenó de hijos, al más travieso lo llamaban Chiquitín. El invierno anualmente se marchaba marcando la adolescencia de esos diez muchachos. La vida

* Cuento ganador del Concurso de Cuento y Poesía versión 2016, de la Corporación Universitaria Rafael Núñez, CURN. Cartagena de Indias.

¹ Estudiante de séptimo semestre del programa de medicina de la Corporación Universitaria Rafael Núñez, CURN.



cotidiana se enmarcaba en el cultivo de pan coger y las deliciosas panochas que la señora de la casa cocía en el horno de barro que utilizaba en el patio de la casa.

Mientras tanto la ley del monte seguía operando en la comunidad, nada se hacía sin la mirada inquietante de los grupos armados al margen de la ley. Era una lucha constante de supervivencia. De repente, en cualquier momento, se escuchaba un agudo silbido que rugía en la montaña fresca, perfumada de azahares; los aviones de guerra surcaban el cielo y las bombas en la serranía retumbaban y hacían eco al otro lado de la montaña. Todo el mundo buscaba refugio para mantenerse seguro, no quedaban ni los perros. El único que se atrevía a rebuznarles era Engañaste, un burro arrecho que mantenía su harén de hembras en la cumbre de la montaña, pero bajaba nervioso y corcoveando.

A pesar de la guerra que se combatía en la región, Kike salía a vender los manjares que su mujer producía. Eso era el único sostén de su familia debido a que las familias de recursos económicos se habían marchado y dejado algunas personas sin empleo, entre esas, Kike.

Los del pueblo le preguntaban sin cesar: “Kike no te da miedo vender panochas en los retenes de la guerrillas”. Él, ni corto ni perezoso, respondía: “Es la única manera de vender y ganar dinero para poder llevar la comida a mi hogar, y no me importa correr el riesgo de poder morir, pero si le doy importancia ver la cara de tristeza de mis hijos pidiendo comida”.

Cada vez que llegaba Kike a su casa su mujer le preguntaba “Mijo cómo te fue”. Él, a veces, con tristeza le respondía “No se hizo ni para el café”. Gladys tan compasiva que era le respondía “Mijo mejores días vendrán”



El tiempo movía el calendario que avanzaba sin tregua. La situación y la guerra empeoraban cada día más.

Gladys había perdido la razón, quizás por la agonía de la guerra o quizás porque sus años primaverales los dedicó a criar a sus hijos arrullándolos a la luz de un mechón de petróleo y un abanico de mape. Empezó a regalar los taburetes, el pilón y hasta su hijo, Chiquitín. “Está demente” rumoraba el pueblo. Fue internada en una casa de reposo por más de dos años y las cartas de luz y esperanza iban y venían.

Su Chiquitín siempre les preguntaba a sus hermanos “Dónde está mamá, la extlaño, ella siempre me canta antes de ir a dormir”. Sus hermanos ya con madurez para aceptar lo que a su madre le estaba pasando, no sabían cómo explicarle a su hermanito la situación, simplemente le contestaban: “Ya vendrá”.

Siguieron pasando los años y el verano le daba la bienvenida al invierno de abril. Por la abundancia de arencas, las gaviotas provenientes del norte del Canadá se zambullían en picada, en un reñida pela con el patoyoyo y la garza morena. Un día de abril de aquel año, que no preciso con exactitud, las células de la FARC organizaron reuniones en cada uno de los pueblos del sur. Avanzar hasta la capital del departamento de Bolívar, Cartagena, era el objetivo. El abandono del Estado colombiano en esa zona del país era la excusa, y Colorado no era la excepción.

La cita era a las cuatro de la tarde en la Plaza de los Loros, así lo había anunciado las campanas de la iglesia. Un hombre de cada familia era obligado a participar. Kike estaba ahí, sus pequeños hijos también. “Alberto Pérez, usted hará parte de la marcha” dijo el comandante



de esa agrupación, después de discursar cual era la razón de la protesta. Los que ya habían seleccionados estaban a un lado de la plaza. El turno era para Kike, quien se disponía a dar un paso adelante cuando su hijo menor, Chiquitín, levantó su voz quebrada de seis añitos y en medio de la reunión dio una orden imperativa: “Un momento señol guellilero, mi papá Kike no va a la marcha, nosotlos somos diez hermanitos, mi mamá está en el manicomio y por eso ya no hace panochas, mi papá solito nos lava la ropita, ayuda en las tareas y trae los popochos de la montaña y nos cocina para ir al colegio, si se lo llevan cómo quedamos nosotlos” el niño rompió en llantos.

Retumbo un silencio, un silencio casi sepulcral. Nadie, nunca, había desafiado una orden del comandante guerrillero, el cual era Pedro Antonio Marín, alias Marulanda Vélez “Tirofijo”. El subversivo inclinó su cabeza ante Chiquitín y sollozando dijo: “Aquí termina la reunión señores. Kike, se puede ir a su casa”. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, traicionando su forajida apariencia y la de sus hombres que con un fuerte y cerrado aplauso gritaron al unísono “viva Kike”. Chiquitín corrió a donde su padre y lo abrazó. El resto de sus hermanos hicieron lo mismo y las lágrimas no se pudieron retener de la felicidad.

Apenas despuntaba el alba y el plato del día era Chiquitín, y los bocagramas corrían de un lugar a otro. “¿Cómo te pareció?” preguntaba la comadre Viño a su compae Tomasito Amaris, mientras disfrutaban un café típicamente colombiano.

Con el tiempo, y el pasar de la guerra, también se fueron las ilusiones en la maleta de mucha gente que decidió abandonar su tierra. Ahora sólo quedaban casas fantasmas.



El campo tapizado y surcado por riachuelos empezó a marchitarse, el muuuu y el canto del vaquero se silenciaron. Ya las estrellas no titilaban en el norte y el cinturón de Orión se ocultó.

En medio de amenazas aparecieron otros grupos para contrarrestar la guerrilla, Kike y sus hijos se vieron forzados a desplazarse. Recogieron sus motetes y en una canoa jhonson se aventuraron en las aguas del Rio Grande de la Magdalena hasta el puerto donde el maestro Barros se inspiró para componer una de sus tantas canciones, entre ellas La Piragua de Guillermo Cubillos del Banco, Magdalena. Allí tuvieron que afrontar algunas necesidades para poder salir adelante. Desde allí añoraban regresar algún día a su pueblo donde fueron felices viendo el alba.

Chiquitín con voz inocente siempre le preguntaba a su papá “Papi, cuándo iremos a casa, extraño jugar en el campo y nadar en la quebrada” su padre con tristeza en los ojos le respondía “Algún día hijo. Esta guerra no es para siempre” con esas palabras acogía a su hijo en sus brazos.

Después de ir y venir, y muchos nietos, Kike, regresó a la tierra donde tenía el ombligo enterrado en algún bichal de su casa materna. Escuchó en las noticias que el presidente Santos buscaba un acuerdo mediante un diálogo para la paz con el grupo guerrillero más viejo del país y que tenía gobernada su región.

Con el Programa de Restitución logró recuperar su tierra y soñar que muy pronto se firmase el fin de la guerra, para iniciar una nueva vida en el campo con Sarife, su segunda esposa, y con que el campo volviera a florecer, las guirnaldas de la montaña visitaran su ventana, y el alelí y el narciso perfumaran el ambiente.



Seguramente el pueblo regresará a reescribir la historia de su pueblo, el horizonte salpicado por la neblina filtrará los rayos del sol avisando un nuevo día. Las campanas de la iglesia repicarán nuevamente anunciando la misa dominical y la firma de paz de Santos. Los hijos de Chiquitín crecerán en una Colombia en paz y podrán ir a la tierra donde su padre con voz inocente hizo flaquear al comandante de la FARC para poder salvar a su padre.

La historia de la guerra cambiará y sólo se hablará de ella como relatos, y no como hechos que están sucediendo.